

Número de la mesa: 11

Título de la mesa: Estudios de Rusia y de Europa Central y Oriental

Apellido y nombre de los coordinadores: Adamovsky, Ezequiel; Ingerflom, Claudio;
Várnagy, Tomás

Título de la ponencia: *Otra forma de intervención soviética en la Guerra Civil Española: la acción del Partido Comunista de la Argentina, sección argentina de la Internacional Comunista*

Apellido y nombre del autor: Víctor Augusto Piemonte

Pertenencia institucional: Facultad de Filosofía y Letras - UBA

Documento de identidad: 28.863.069

Correo electrónico: vaugustop@yahoo.com.ar

El levantamiento militar encabezado por el coronel Casado el 5 de marzo de 1939 no sólo fue el comienzo de la última etapa de la guerra civil que se había iniciado en España en julio de 1936, sino que, a su vez, representó el paroxismo al que habían arribado unas relaciones de fuerza siempre discordantes hacia el interior del bando republicano. Si la refriega interna tuvo lugar fue porque, desde los mismos comienzos de la Segunda República, convivían en el campo político español numerosas tendencias encarnadas en organizaciones políticas y sindicales de distinto signo. Cada una de ellas poseía una forma propia de entender los procedimientos operativos que eran requeridos para llevar adelante la transformación social y económica que, con matices también variables, se habían propuesto producir a partir de la emergencia del gobierno republicano. Asimismo, pese a que su estallido se produjo dentro de confines geográficos precisos, la Guerra Civil española fue, en más de un sentido, una guerra de carácter internacional. El Partido Comunista de la Unión Soviética, más allá de las distintas reacciones que fue adoptando a lo largo de la coyuntura, acusó tempranamente un marcado interés por los acontecimientos suscitados en España. La expectativa puesta en la evolución del gobierno republicano no residió en una preocupación genuina respecto del futuro de la nación peninsular, sino antes bien en el hecho de que el destino de ésta se inscribía en el marco mucho más amplio de las proyecciones políticas internacionales de la propia Unión Soviética. Del mismo modo, se hacía evidente que sólo mediante la obtención del apoyo comunista podía el gobierno constitucional granjearse la colaboración de su homólogo soviético; Largo Caballero tenía plena conciencia de esta realidad, y la decisión de impulsar su reemplazo en la dirección del

gobierno central en momentos en que su figura pasaba a ser considerado por el comunismo como un obstáculo para sus propósitos más urgentes, no debió tomarlo por sorpresa. En consecuencia, queda establecida a los fines de abordar críticamente el derrotero de la Segunda República, la consideración referida a la necesidad de promover la integración de un doble nivel de análisis que encuentre sus categorías neurálgicas en la división interna del bando republicano, por un lado, y en el posicionamiento de las potencias internacionales, por el otro. La disociación de estos dos elementos no podría sino conducir a la elaboración de una comprensión incompleta -y por lo tanto parcialmente errónea- de los hechos examinados.

A partir de la gran cantidad de aristas que presenta un proceso de inmensa trascendencia para la vida política occidental del siglo XX como lo fue el conflicto fratricida español, una parte importante del enorme espectro que componen sus problemáticas subyacentes ha sido abordado con propósitos y criterios metodológicos diversos. Entre sus núcleos temáticos más salientes, el problema de la intervención de la Unión Soviética en la Segunda República española asediada por la ola de reacción antidemocrática que durante el período de entreguerras recorre Europa -pero también América- es sin lugar a dudas aquél que, dada su extrema complejidad, ha capturado en la actualidad la atención de los historiadores. Los estudios académicos concentrados en esta cuestión específica cobraron significativa relevancia a lo largo de los últimos diez años. Esto se debió, por una parte, al hecho de que se está lejos aún de poder alcanzar una articulación acabada en torno de la gran cantidad de líneas de análisis que la magnitud contenida en la significación histórica de esta cuestión requiere para que se pueda obtener una comprensión más o menos cabal de la misma. Por otra parte, la dificultad que necesariamente supone la imposibilidad todavía vigente para acceder de manera libre a la consulta de la totalidad de las fuentes esenciales ha atentado contra la solidez de las construcciones teóricas forjadas en torno de esta problemática y que precisan de su sustento, acrecentando así el carácter provisorio del resultado de las hipótesis trazadas.

En un intento por contribuir a la dilucidación de esta temática tan amplia, planteamos la utilidad que reviste el análisis referido a la evolución del vínculo existente entre los partidos comunistas de España y de la URSS, pero agregando y poniendo el foco en la interacción llevada adelante con ellos por el Partido Comunista de la Argentina (PCA) durante el lapso temporal en que se desarrolla la Guerra Civil española. La sublevación franquista tuvo repercusiones inmediatas en todas las

secciones nacionales que componían la Internacional Comunista. No obstante, fue en la dirección argentina donde el PCUS hizo recaer una parte esencial de sus instrucciones para la realización de algunas funciones de importancia capital en el desarrollo de los acontecimientos. Se sostiene aquí que cuando la intervención de un partido en un conflicto de carácter internacional comprende el envío de un segmento esencial de su plana mayor, entonces la calidad de dicha intervención, mucho antes que su cantidad, adquiere una significación especialmente importante. Esta situación se produjo con el PCA y su manera de vincularse en la defensa de la República española. El hecho de que dos de sus dirigentes máximos, Vittorio Codovilla y Juan José Real, devenidos secretarios generales del partido argentino, hayan sido destinados a trabajar sobre los cuadros del PCE con el fin de desarrollar las tareas más importantes de organización y propaganda del comunismo en la península ibérica, constituye un hecho de enorme relevancia que no puede pasar desapercibido por más tiempo. Si bien el dirigente ítalo-argentino Vittorio Codovilla, líder histórico del PCA y uno de sus fundadores, recibió de parte del PCUS el encargo de conducir la reorganización del PCE desde principios de los años treinta, la acción concreta en que se tradujo esta misión -la eliminación de la dirección de José Bullejos y su reemplazo por José Díaz, Dolores Ibárruri y Jesús Hernández- no ha pasado de una mera mención fáctica, por lo que continúa inexplorada. Del mismo modo, José Acosta, miembro destacado del Comité Central de la Federación Juvenil Comunista, tomó parte en las Brigadas Internacionales republicanas. Consideramos, por lo tanto, que la participación de la dirección política del comunismo argentino en la Guerra Civil merece ser debidamente analizada, pues ella constituirá un aporte para la comprensión más acabada acerca de las participaciones que en dicho acontecimiento histórico desempeñaron tanto la Unión Soviética en particular y como el movimiento comunista internacional en general. La injerencia cambiante del gobierno moscovita en el conflicto español a través del dominio creciente del PCE en el gobierno republicano, y el control centralizado de este último por su par soviético con objetivos funcionales a sus propios intereses geopolíticos, hacen de la guerra civil un momento de trascendencia única para la interpretación del complejo relacional entablado entre el Partido Comunista de la URSS con el español, pero también con el argentino.

Las intenciones diplomáticas soviéticas en España

La Unión Soviética demoró poco más de dos meses y medio desde que comenzó el conflicto hispánico en decidirse a aplicar alguna forma de intervención. La

participación soviética en los asuntos españoles pareció ser el producto de una decisión sumamente cautelosa, y sus primeras experiencias, vistas en retrospectiva, se encuentran mediadas por la inseguridad respecto de los efectos que podía provocar. Así, en un primer momento los soviéticos concentraron toda forma de colaboración con el bando republicano en la organización de campañas de ayuda humanitaria. Pero esta situación iba a modificarse pronto, y nuevas prácticas de intervención de la mayor importancia comenzarían a perfilar un compromiso más firme. Como primera medida para dar el paso en el sentido señalado se procedió a tomar posesión de los puestos diplomáticos desde los cuales se podía emprender, sin generar miramientos por parte del anticomunismo internacional, actividades de supervisión encubiertas dentro del marco legal reconocido.

Fue en este afán por desempeñar un papel más directo en el desarrollo de los acontecimientos de la República que se decidió la ocupación de la embajada soviética en España. Marcel Rosenberg fue destinado a Madrid el 28 de agosto de 1936. Pero el hombre más relevante para los intereses de Estado de los soviéticos en el exterior era el máximo responsable de la NKVD. Por entonces ese cargo estuvo desempeñado por Aleksandr Orlov, agente de inteligencia de enorme prestigio dentro del Politburó. Orlov entró en suelo español al promediar septiembre con la orden de observar y controlar el desempeño de la táctica de guerrillas implementadas por los republicanos en el territorio enemigo. Poco antes de la llegada de Orlov se había producido el arribo de un primer contingente de aviadores procedentes de la Unión Soviética.¹

El embajador en Gran Bretaña y representante soviético en el Comité de No-Intervención, Iván Maiski, sostuvo que, además de haber puesto al descubierto la connivencia de las potencias capitalistas con el pronunciamiento antirrepublicano, “La parte soviética había logrado asimismo mostrar que el interés de la URSS por los acontecimientos de España no obedecía a ninguna consideración de carácter egoísta nacional, sino que estaba dictado únicamente por la preocupación de salvaguardar la paz en el mundo entero”². No obstante, y a pesar de estas demostraciones de altruismo retórico, cuando la URSS consiguió que, en la calidad de miembro activo del acuerdo de No-Intervención que ostentaba, le fuera reconocido su derecho a patrullar las costas españolas a los fines de evitar el incumplimiento de cualquiera de las partes, el gobierno

¹ Stanley Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Barcelona, Plaza & Janés, 2003, p. 179.

² Ivan Maiski, *Cuadernos españoles*, Moscú, Progreso, s/f, p. 64.

soviético se rehusó a participar en el control de las vías de acceso a España. Los motivos de la postura soviética eran justificados en el hecho de que la URSS acusaba una carencia absoluta “de bases propias cerca de España y no queríamos utilizar las inglesas o las francesas por temor a provocaciones, posibles en la situación de entonces, que únicamente habrían caldeado más la atmósfera internacional. En las condiciones creadas, nos considerábamos plenamente satisfechos con que se hubiese reconocido por principio nuestra igualdad de derechos en la prestación del servicio de patrulla junto a las aguas territoriales de España”³. Se hacía constar, de este modo, que la lucha librada al interior del Comité de No-Intervención por parte del representante soviético no tenía más propósito que el de otorgar una mejora en la posición de fuerza correspondiente a la misma Unión Soviética. La solidaridad con España no era tan desinteresada como se la intentaba hacer aparecer, sino que muy fácilmente emergían aquellos condicionamientos que coartaban las expresiones de la misma. Al ilustrar la situación compleja de la multiplicidad de intereses políticos internacionales que operaban en distintos niveles, yuxtaponiéndose e interpenetrándose para dar paso a la generación de nuevos ordenamientos de las confrontaciones en el plano internacional, las memorias de uno de los protagonistas que mayor responsabilidad tuvo en el desarrollo de los acontecimientos señalados adquieren significativo valor. Son ellas la prueba acabada de que, a los ojos de Moscú, la guerra española debía ser instrumentalizada en la consecución de un objetivo que transgredía la esencialidad de su propia formulación. Esta percepción fue asumida por El Campesino, una de las más altas autoridades del comunismo en el frente de batalla, quien, tras su decepción con el sistema estalinista declamó que la guerra fue sostenida por Moscú para lograr mejores términos de negociación con Berlín.⁴ En un intento por expiar las culpas de haber buscado la imposición de las prácticas alentadas por el PCE entre los sectores no comunistas de las fuerzas políticas y sindicales, El Campesino sentenció que, al no desplegar todo su potencial en pos de salvaguardar la República, Stalin había actuado bajo la pretensión de forjar las condiciones para el pacto Ribbentrop-Molotov que finalmente tuvo lugar en agosto de 1939, es decir, poco menos de cinco meses después del triunfo de Franco.

El levantamiento franquista contó desde muy temprano con la ayuda militar abierta de Mussolini y Hitler. Aún cuando se tome en consideración la opinión de E. H.

³ Idem, p. 95.

⁴ Valentín González, *Comunista en España y antiestalinista en la U.R.S.S.*, México D.F., Guaranda, 1952, p. 33 y 59.

Carr respecto de que no es del todo posible asegurar que las *Memorias* de Maxim Litvinov, ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, hayan sido redactadas o dictadas directamente por él, lo cierto es que allí fue apuntado para la fecha del 26 de julio de 1936 el registro evidente de la presencia en España de navíos de guerra procedentes de Italia y Alemania.⁵ Sobre este aspecto en particular, y siguiendo todavía al erudito británico, no hay razones para creer que no fuera el Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores el verdadero autor de dicha observación. Resulta también de mucho interés la referencia a una supuesta orden de Molotov, impartida en el mismo momento en que se daba nacimiento al Comité de No-Intervención, que tenía por finalidad presionar al presidente socialista León Blum para que decidiera la participación francesa en la crisis coyuntural.⁶ Había sido en un primer momento la propia Unión Soviética la que, aunque sólo quedara en la intención, se había dado la misión de arengar al gobierno del frente popular francés con la esperanza de que, a su vez, éste indujese a participar a Gran Bretaña. Sin embargo, lo que termina definiendo la intervención soviética en España es, de acuerdo a Litvinov, el “temor de agitación por parte de los trozkistas”⁷. Es decir, la necesidad de evitar las acusaciones por liquidacionismo que habrían circulado en el caso de que la confluencia de fuerzas democráticas y progresistas en España hubiera perecido a manos de la reacción antidemocrática sin que hubiese mediado antes el apoyo del gobierno comunista a los fines de intentar evitar un desenlace tan negativo para los propósitos de la clase obrera mundial. No hay en toda la compilación de notas del emérito diplomático soviético mayores referencias a la Guerra Civil Española que estas que traemos a colación.

En su renovador estudio sobre pertrechos y asesores enviados por la Unión Soviética a España en el lapso 1936-1939, el historiador y militar ruso Yuri Rybalkin, quien acredita una amplia erudición en el tema y ha gozado del acceso especial a fuentes debido a su desempeño como investigador del Instituto de Historia Militar del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, se expide muy rápidamente, sin entrar ahondar en explicaciones, acerca de una cuestión tan importante como es el hecho de que las características del armamento enviado por Moscú a la República eran, en

⁵ Maxim Litvinov, *Memorias. Notas y Apuntes de su Diario Personal (1926-1950)*, Buenos Aires, Americana, 1955, p. 214.

⁶ Idem, p. 218.

⁷ Idem, p. 243.

notable medida, para el desarrollo de una guerra de tipo defensivo.⁸ Vale recordar que la consigna predilecta enarbolada por los comunistas consistía en arengar a la tropa republicana asegurando que los sublevados no pasarían. Todo el aliento estaba puesto en la resistencia. Es de primer orden señalar que esto se condice con el rol atribuido por la Unión Soviética a la guerra civil, pues si para obtener triunfos bélicos resulta inevitable, en determinado momento de la conflagración, lanzar ataques ofensivos sobre el enemigo, queda claro entonces que la posición que se esperaba que adoptaran los republicanos era la de permanecer a la expectativa de los movimientos que hiciera el bando rival. Esta información contribuye a abonar la tesis de que Stalin un triunfo republicano -pero tampoco una derrota-, sino que contaba con que tuviera lugar una prolongada guerra de desgaste.

La urgencia en el aprovisionamiento de material bélico acompañó a la República a lo largo de toda la guerra civil y sin duda alguna constituye uno de los factores más relevantes a la hora de explicar su derrota. El Congreso norteamericano había establecido en 1935 una nueva legislación por la cual, en caso de que estallara un conflicto militar, no se proporcionaría armamentos de producción nacional a ninguna de las naciones beligerantes. De tal suerte, cuando estalló la guerra etíope-italiana quedó demostrado a quién se favorecía por medio de la flamante ley. En su temor por lo que consideraban podía significar una contribución al exacerbamiento de los ánimos imperialistas de la reacción fascista, Gran Bretaña y Francia optaron por plegarse a la decisión norteamericana en materia de seguridad internacional. Pero las cosas iban a empeorar, pues, además de las naciones económicamente atrasadas, se perjudicaría también a los gobiernos autónomos débiles. Cuando la inmensa mayoría de la oficialidad del ejército español inició su carrera golpista, el Congreso de Estados Unidos aprobó una enmienda a su ley de tráfico de armas que extendía su aplicación al caso de las guerras civiles,⁹ y entonces el gobierno constitucional republicano se enfrentó con

⁸ Y. Rybalkin, *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, Madrid, Marcial Pons, 2007 [2000], pp. 69-72. La composición de los armamentos soviéticos enviados en el período de mayor colaboración con la causa republicana, correspondiente a los primeros meses de la guerra, es detallada en “Anexo 3. Del informe remitido por el *komkor* S. Uritski al mariscal Voroshílov sobre los transportes de material de guerra enviados a la España republicana (8 de mayo de 1937)”, en ídem, pp. 207-215. Si Stalin realmente pronunció la opinión de que los republicanos debían pasar a la ofensiva, tal como asegura Angel Viñas, lo cierto es que no tuvo ninguna correlación con los hechos que alentó el PCUS. A. Viñas, *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2010 [2007], p. 341.

⁹ B. Ponomariov (dir.), *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Segunda edición aumentada)*, Buenos Aires, Fundamentos, 1964, p. 496.

un obstáculo crucial dentro del drama general que le tocaba atravesar: la negativa a reconocer su legítimo derecho de recurrir al mercado internacional de armamentos.

Se encuentran todavía bajo análisis las interpretaciones historiográficas que dan por válidas aquellas intenciones de asesoramiento sin pretensiones de injerencia en los asuntos internos de la República por parte de los especialistas militares enviados por Moscú. Uno de los baluartes de esta postura lo constituye la famosa carta dirigida a Largo Caballero por Stalin, Molotov y Voroshilov, con fecha del 21 de diciembre de 1936. Es materia de discusión si su ontología es puramente retórica y protocolar, o si, por el contrario, se corresponde con la manifestación real de una decisión política premeditada. Las disposiciones cursadas por Litvinov a la embajada soviética en España el 9 de diciembre para exigir la moderación de los asesores militares enviados respecto de su obligación de no sobrepasar en sus acciones las decisiones de los altos mandos locales, en cambio, sí hay que tomarlas por válidas en su intención explícita, pues están dirigidas a sus propios subordinados y no a conmovir al cuerpo diplomático extranjero.¹⁰ No obstante, resulta fundamental a nuestro propósito analizar el cambio que pudiera haber registrado el tipo de intervención de los asesores soviéticos a partir del momento en que Largo Caballero fue suplantado por un hombre próximo a las disposiciones estalinistas.

Al momento de encontrarse en el ojo de la tormenta política internacional, el comunismo español acusaba una severa debilidad organizativa y de pragmatismo que no constituía ninguna novedad para los soviéticos. Los muy magros resultados obtenidos en el proceso de crecimiento que se había intentado imprimir al PCE no era el resultado de los agitados años de existencia republicana. Por el contrario, y según informaba Jules Humbert-Droz, destacado miembro del Comité Ejecutivo de la IC, con motivo de su participación en el II Congreso del PCE, ya desde mediados de 1923 “la influencia del partido sobre la clase obrera española y sobre la política general del país había disminuido sensiblemente [...]”¹¹. El PCE iba a conseguir incrementar en forma meteórica su fuerza, contando con el apoyo de una parte poco sustanciosa de las masas trabajadoras, recién a partir del ejercicio de intervenciones regulares -expresados en distintos modos de acción- en la República por parte de la Unión Soviética. Para alcanzar la preponderancia que adquirió, el comunismo español debió experimentar una

¹⁰ Y. Rybalkin, op. cit., p. 83.

¹¹ En Juan Avilé Farrés, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles [1917-1931]*, Madrid, Biblioteca Nueva/Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1999, p. 262.

transformación interna muy profunda, la cual quedó plasmada en la centralización verticalista promovida por Codovilla y en la política aliancista de *frente popular*. El modo personalista empleado por el interlocutor principal de la IC ante el PCE fue denunciado a causa de sus efectos contraproducentes por nada menos que André Marty, conocido como “el carnicero de Albacete” por las características salientes de su trato, que a nivel interno combinaban la unilateralidad con la dureza extrema.¹² Según su apreciación, Codovilla se comportaba como si el partido fuera propiedad suya. El comunista francés señalaba también con justeza que, en contra de las disposiciones aprobadas por el VII Congreso de la IC, los miembros del PCE quedaban relegados a la función de meros ejecutores de las órdenes del ítalo-argentino. El papel de este último no era ya el de un representante de la IC, sino el de un auténtico secretario general del PCE, aún cuando no era siquiera un miembro real del mismo. Togliatti manifestó un profundo disgusto en relación a lo actuado por Codovilla en España, Togliatti manifestó un profundo disgusto en relación a lo actuado por Codovilla en España, al punto de concluir uno de sus informes para Moscú con la siguiente apreciación lapidaria: “Creo que hemos cometido un serio error dejando al Partido Comunista español en la situación actual bajo la vigilancia de L. [Luis, seudónimo de Codovilla]”¹³.

En nuestra opinión, el problema de fondo que debió afrontar la Unión Soviética en España y que acompañó su intervención durante toda la guerra, asignando una naturaleza específica a la interacción comunista allí entablada, revistió un doble carácter: los emisarios de la IC debían encontrar la forma de que sus exigencias fueran atendidas, pero logrando al mismo tiempo que su presencia pasara lo más desapercibida posible al conjunto de los elementos activos -tanto direcciones como bases- del bando republicano, lo que incluía a las fuerzas comunistas españolas. Comportamientos personalistas pro-soviéticos a ultranza como lo fue la conducta de Codovilla, eran altamente perjudiciales a los impulsos dirigidos para la conformación del frente único. Por eso mismo, cuando el PCE logró asentarse en la arena política republicana, se consideró que la presencia soviética debía replegarse. El desplazamiento del líder del PCA en la conducción de las riendas del partido español y su sustitución por el menos venal y más reflexivo jefe del partido italiano, Palmiro Togliatti, fue el acompañamiento cabal de esta decisión.

¹² Cf. informe de Marty a la IC con fecha 14 de octubre de 1936, incluido en la compilación documental elaborada por Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Gregory Sevostianov (eds.): *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2002 [2001], pp. 70-76.

¹³ Carta de Togliatti, fechada el 15 de septiembre de 1937, en ídem, p. 496.

Algunas notas sobre la importancia del PCA en la guerra civil española

Actualmente existe en la historiografía una situación de vacuidad explicativa en torno de la enorme cantidad de temáticas englobadas por la guerra iniciada 1936 y sus múltiples conexiones con el desarrollo de la política argentina. Si bien esta deficiencia comenzó a ser revertida a partir de la generación relativamente constante de estudios sistemáticos desde el último decenio, también es cierto que la producción intelectual destinada a dar cuenta en clave interpretativa de los distintos nudos problemáticos que la asonada franquista generó o coadyuvó a generar en la Argentina continúa siendo notablemente escueta. Los primeros escritos referidos a estas cuestiones estuvieron, lógicamente, orientados a dar cuenta de un cúmulo de generalidades que empezaron a llenar el vacío de conocimiento vigente.¹⁴ Una vez que estuvieron sentados los precedentes básicos comenzó a tener lugar una producción más específica, concentrada en recortes temáticos específicos, y desarrollados con rigurosidad científica. Las áreas de interés estuvieron concentradas en las repercusiones registradas en las culturas políticas nacional y regional,¹⁵ la recepción de los acontecimientos en la prensa,¹⁶ los

¹⁴ Enrique Pereira, “La guerra civil española en la Argentina”, en *Todo es Historia*, año X, N° 110, julio de 1976. Ernesto Godar, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986. La bisagra que inauguró el paso a los estudios sistemáticos basados en la utilización de fuentes documentales vino dado por el amplio arco temático abordado por Mónica Quijada en Aires de República, *aires de Cruzada: la Guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991. M. Quijada, *Relaciones hispano-argentinas, 1936-1948. Coyuntura de Crisis*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1989; Mark Falcoff, “Argentina”, en Mark Falkoff y Fredrick Pike (eds.): *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1982. Lidia Bocanegra, “Argentina en la Guerra de España”, en Juan Bautista Vilar y Abdón Mateos (eds.): *Historia del Presente*, N° 12, 2da. época, Madrid, Eneida, 2008; Enrique Mayochi, “La Guerra Civil Española”, *La Nación*, N° 888, Buenos Aires, julio de 1986.

¹⁵ Silvina Montenegro, *La guerra civil española y la política argentina*, Departamento de Historia de América I, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, Tesis Doctoral, inédita, 2002; Ducezio Alejandro Licitra, *La política del gobierno de Burgos en Argentina y Uruguay durante la Guerra Civil Española*, Tesis de Licenciatura, Departamento de Historia de América, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, 1986; Mónica Quijada, “Los españoles de la Argentina ante la guerra civil española: las instituciones de la comunidad”, en A. Boix et. al.: *Inmigración, integración e imagen de los latinoamericanos en España. (1938-1987). Apuntes introductorias*, Cuadernos sobre Cultura Iberoamericana, OEI, Madrid, 1988; Mónica Quijada, Nuria Tabanera y Manuel Azcona, “Actitudes ante la guerra civil española en las sociedades receptoras”, en *AAVV: Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, vol. 1, Madrid, Historia 16, 1992; María Dolores Béjar, “Cómo vieron y vivieron los argentinos la contienda”, *Todo es Historia*, N° 148, Buenos Aires, 1979; Boráquina y Sommaro, “Mar del Plata y la Guerra Civil Española”, *Todo es Historia*, N° 468, Buenos Aires, julio de 2006; Saúl Luis Casas, *La Guerra Civil Española y el Antifascismo en la Argentina 1936-1941. Las Baleares y la Ayuda a la República*, Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, inédita, 2005.

¹⁶ María Jesús Comellas, “El estallido de la Guerra Civil Española en la prensa argentina”, *Res Gesta*, N° 31, Rosario, 1992; Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, op. cit.; Figallo, “La II República Española en guerra: los planteamientos del gobierno de Largo Caballero a través del periódico ‘Claridad’”, *Res Gesta*, N° 27-28, 1990; L. Bocanegra, “El final de la Guerra Civil española en la prensa marplatense”, en

movimientos de solidaridad expresados en las campañas para coleccionar fondos y en el enrolamiento de voluntarios,¹⁷ la política estatal de asilo para la recepción de los refugiados.¹⁸ También se cuenta con algunos testimonios de participantes argentinos destacados.¹⁹

No sorprende entonces que prácticamente nada se haya dicho respecto de la presencia del comunismo argentino en España. Se sabe apenas, que el Partido Comunista Argentino (PCA) impulsó en agosto de 1937 la formación de la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE) con el fin de reunir ayuda material, pero también humana, para el frente de batalla. También se ha mencionado ya en los primeros trabajos sobre la guerra civil y la Argentina la colaboración directa de Codovilla con el GPU en los planes para expulsar al presidente Largo Caballero y para

Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe (EIAL), Volumen 18:2, Instituto de Historia y Cultura de América Latina, Universidad de Tel Aviv, Israel, 2008, pp. 1-24; L. Bocanegra, "El impacto del exilio republicano español en la sociedad argentina. Una visión a través de la prensa marplatense, 1939", Congreso Internacional: A 70 años de la Guerra Civil española, *Ariadna Tucma: Revista Latinoamericana*, Buenos Aires, 2007, pp.1-17; Laurent Bonardi, "La guerre civile espagnole dans la presse argentine", *Revista de Historia Actual*, N° 7, 2009, pp. 105-112.

¹⁷ Lucas González, Jerónimo Boragina, Gustavo Dorado, Ernesto Sommaro, *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2008; Jerónimo E. Boragina, "Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil española", *El Rapto de Europa*, N° 12, Madrid, Calamar, junio de 2008. L. Bocanegra, "La ayuda argentina a la República española. Un análisis a través del ejemplo marplatense, 1939", en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (SECC), Madrid, 2007, pp. 1-20; Respecto de la participación militar, existe también un trabajo sobre la intervención de la marina argentina en la guerra, Beatriz J. Figallo, "Participación de la armada argentina durante la guerra civil española", *Revista de Historia Naval*, N° 10, 1985, pp. 51-72.

¹⁸ Beatriz J. Figallo, *La Argentina en la Guerra Civil Española (Defensa y aplicación del Derecho de Asilo)*, Tesis de Licenciatura, Instituto de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario, Universidad Católica Argentina, inédita, 1984; B. Figallo, *La Argentina ante la guerra civil española: el asilo diplomático y el asilo naval*, Rosario, Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Católica Argentina, 1996; B. Figallo, *Diplomáticos y marinos argentinos durante la crisis española: los asilos de la Guerra Civil*, Buenos Aires, Librería-Editorial Histórica, 2007; Raanan Rein, "Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949", *Ciclos*, año V, vol. V, N° 9, 2° semestre, Buenos Aires, 1995; Leonardo Senkman, "La Argentina neutral de 1940 ante los refugiados españoles y judíos", *Ciclos*, año V, vol. V, nro. 9, 2° semestre, 1995; María Paula Cicogna, "Breve historia de los refugiados en Argentina durante el siglo XX", *Historia Actual Online*, N° 18, Invierno, 2009, 51-63; Lidia Bocanegra, "La República Argentina: el debate sobre la guerra civil y la inmigración", *Ay de los vencidos. El exilio y los países de acogida*, Abdón Mateos (ed.), Madrid. Eneida, 2009; Joe Robert Juárez, "Argentine neutrality, mediation, and asylum during the spanish civil war", *The Americas*, vol. XIX, N° 4, 1963, pp. 383-403; Mónica Quijada y Jean Grugel, "Chile, Spain and Latin America: The Right of Asylum at the Onset of the Second World War", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 12, part 2, May 1990, pp. 353-374; R. Rein, "Francoist Spain and Latin America, 1936-1953", *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*, Stein Ugelvik Larsen (ed.), New York, 2001.

¹⁹ Fanny Edelman, *Banderas. Pasiones. Camaradas*, Buenos Aires, Dirple, 1996; Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España. Testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Barcelona, Alikornio, 2003 [1976]; Juan José Real, "Recuerdos de la derrota y de la huida", *Los que fueron a España*, Buenos Aires, Crisis, 1973; Samuel Joukovsky, Uno de tantos (un argentino en la guerra civil española), Norma A. Jiménez, Testimonios republicanos de la Guerra Civil española, Buenos Aires, La rosa blindada, 2001.

reprimir al “trotskista” Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) en Cataluña. La realidad es que, de entre los escasos análisis publicados sobre la guerra civil española y la Argentina, ninguno ha tenido por centro la acción del PCA, quedando limitado su estudio, toda vez que fue ineludible su abordaje tangencial, a la intensa campaña de ayuda material y de reclutamiento de voluntarios, principalmente a través de su predominio dentro de la FOARE. Esta deficiencia bibliográfica no se condice en absoluto con el estrecho compromiso que dedicó el PCA a la lucha antifascista en España.

Se considera aquí que el papel jugado por la Unión Soviética en la guerra civil es un hecho de enorme trascendencia que no puede ser dejado de lado al momento de abordar la participación de las fuerzas políticas que se entregaron a la defensa de la República. En un intento por contribuir a la dilucidación de esta temática tan amplia, planteamos la utilidad que reviste el análisis referido a la evolución del vínculo existente entre los partidos comunistas de España y de la URSS, pero agregando y poniendo el foco en la interacción llevada adelante con ellos por el PCA durante el lapso temporal en que se desarrolla la conflagración. El rol desempeñado por el comunismo argentino queda perjudicialmente reducido en su gravitación real de los acontecimientos cuando no se advierte la existencia de la triangulación que mediaba entre: a) un único baluarte sobre el cuál se podía sostener -al menos militarmente, lo que en tiempos de guerra es decir demasiado- la República; b) un gobierno híbrido en el que las oscilaciones en el manejo del poder político iban decantando hacia las manos del ascendente Partido Comunista de España (PCE); c) un partido que asumía la misión histórica signada en el hecho de ser el primero de Latinoamérica en su género y que a partir de 1927 nunca ocultó su lealtad hacia la “gran patria socialista”. A través de la orientación de Frente Popular adoptada en el VII Congreso de la Internacional Comunista, el Kremlin pretendió ensayar una respuesta articulada por el conjunto de los partidos comunistas nacionales al desafío abierto por la avanzada antiliberal en el mundo occidental. El PCA demostró un alto grado de adhesión hacia los postulados soviéticos, siendo su actividad práctica un reflejo de esta situación.

La intervención soviética tuvo una importancia decisiva para la conducción militar, pero sobre todo política, del gobierno republicano de España. La injerencia cambiante del gobierno moscovita en el conflicto español a través del predominio del PCE en el gobierno republicano, y el control centralizado de este último por su par soviético con objetivos funcionales a sus propios intereses geopolíticos, hacen de la

guerra civil un momento de trascendencia única para la interpretación del complejo relacional entablado entre el Partido Comunista de la URSS con el español, pero también con el argentino.

El gran organizador de derrotas

Las actividades de Codovilla en la redacción de *El Mundo*, órgano de prensa del PCE, funcionaban como pantalla para hacerse cargo de los asuntos más importantes del partido. Su papel en la reorganización del partido español fue riguroso y dio frutos rápidamente. La transformación de la dirección comunista tuvo profundas implicaciones en la organización de las tareas fundamentales del comunismo, y el modo en que fueron encaradas fue lo que le permitió salir del lugar minoritario que detentó hasta la reconversión de su Comité Central para pasar a convertirse en un verdadero partido de masas. La elección del primer diputado comunista de España en febrero de 1933, José Antonio Balbontín Gutiérrez, era sintomática de los nuevos tiempos que atravesaba el PCE. La comparación de las cifras correspondientes al número de afiliados del partido durante distintos momentos de la década del '30 permite comprender en toda su dimensión el incremento numérico -junto a los cambios cualitativos que lógicamente trajo aparejados- experimentado a partir del arribo de Codovilla a España. Utilizando el seudónimo de Luis Medina, la autoridad máxima del PCA llegó a Madrid en marzo de 1932. El partido tenía 800 miembros en 1931, 20.000 en 1934, 30.000 afiliados en febrero de 1936, 60.000 después del triunfo del Frente Popular en febrero del mismo año, 100.000 al producirse el alzamiento militar-fascista de julio, 300.000 en 1938.²⁰ El crecimiento sideral en tan breve lapso se produce, según Codovilla, a partir del reemplazo de la dirección "sectario-oportunista" de Bullejos por un nuevo y eficaz grupo jerárquico, acaecido en agosto de 1932, que se ocupará especialmente de llevar la línea política del partido al conjunto de las masas populares, rompiendo así con el aislamiento en que hasta entonces se encontraba el comunismo.²¹ El éxito de la nueva orientación del partido quedó cristalizado en la transformación de su composición

²⁰ Pablo Domínguez alerta sobre el hecho de que "estas cifras se han venido repitiendo a lo largo de los años y han quedado como 'oficiales', pero parecen exageradas a la luz de las correspondencias personales que se fueron conociendo en los últimos años. Como sea, es indudable que el crecimiento fue importante, y en la última elección antes del estallido de la contienda obtendrían 220 mil votos, dentro del Frente Popular que ganó los comicios", en *Victorio Codovilla. La ortodoxia comunista*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006, p. 68.

²¹ Victorio Codovilla, "José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular", *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino*, tomo I, Buenos Aires, Anteo, 1964, p. 113-115.

social, ampliamente heterogénea en su interclasismo.²² Lo primero que salta a la vista es lo injustificado del ensañamiento personal y la recriminación a Bullejos por la adopción de un posicionamiento sectario ultraizquierdista que había sido propuesto y votado en el VI Congreso de la IC, y alentada su implementación en el PCA por el mismo Codovilla. Pero además es cierto que si bien la política de *frente popular* permite al PCE, indudablemente, llegar a sectores de la sociedad mucho mayores que en su etapa previa, también es evidente lo que Codovilla omite explicar: que el PCE crece en tan poco tiempo ayudado también por la participación material soviética y por su predominio en la organización y el control en varios eslabones del aparato militar (dirigido a enfrentar al franquismo) y represivo (utilizado hacia el interior del bando republicano). Está claro que el crecimiento más imponente del comunismo español se produce justamente cuanto más concentrado es su poderío dentro del gobierno republicano. Anarquistas, trotskistas y socialistas de izquierda habían sido o bien aniquilados política y físicamente, o bien desplazados de los distintos intersticios del aparato del Estado.

No es a partir del inicio del mandato del presidente Juan Negrín en mayo de 1937 que tiene lugar este ascenso notable en la gravitación social del PCE, sino que es a partir del aumento en la importancia del comunismo para la supervivencia republicana, alimentada por los crecientes desembarcos de armamentos procedentes de la Unión Soviética, cuando el PCE obtiene sus mayores conquistas. El reemplazo de Largo Caballero por un político de la estampa de Negrín, mucho más proclive a otorgar centralidad y eminencia a los comunistas, fue una consecuencia y no una causa de esta realidad. Siguiendo las cifras suministradas por Codovilla, el PCE contaba 249.120 afiliados para marzo de 1937,²³ es decir que había obtenido el apoyo de 150.000 afiliados nuevos desde julio de 1936. El PCE ya podía considerarse un partido de masas antes de que tuviera lugar la revuelta catalana que derivó en el alejamiento de Largo Caballero de la presidencia del gobierno español.

Si bien las relaciones de Codovilla con el presidente republicano fueron tensas durante el período que lo tuvo a este último como presidente del gobierno español, resultó instruido en enero de 1937 sobre la necesidad inmediata de mejorarlas.²⁴ Tal era la importancia de la presencia de Codovilla en España que era él y no un representante

²² “En marzo de 1937, la composición social del Partido Comunista español era como sigue: sobre 249.120 miembros, 87.660 obreros industriales, 62.250 obreros agrícolas, 76.700 campesinos, 15.485 hombres de las clases medias, 7.045 intelectuales y profesionales liberales, 19.300 mujeres. (Dentro de esta cifra no figuran los 45.000 afiliados del Partido Socialista Unificado de Cataluña.)”. Idem, p. 118.

²³ Idem, p. 121.

²⁴ A. Viñas, *El escudo*, op. cit., nota 63, p. 209.

del CC del PCE el encargado de interactuar con el gobierno nacional. Del mismo modo, queda claro en este punto que su autonomía encontraba límites precisos toda vez que se salía de los planes moscovitas; cuando ello sucedía, el reencauzamiento era inmediato. Pero cuando su comportamiento autoritario comenzó a ser considerado inadmisibles, Codovilla es virtualmente expulsado de España por Ercoli (nombre utilizado por Togliatti durante su estadía en España) en noviembre de 1937. Instalado en París, no se desentenderá de los asuntos españoles, sino que se dedicará a administrar las tareas de la Comisión de Solidaridad con España. Sin lugar a dudas, el jefe del comunismo argentino había dejado una huella indeleble en la trayectoria que habría de seguir rigiendo los destinos del PCE aún cuando él no estuviera ya para dirigirlo. Codovilla intentó por todos los medios convencer a la cúpula de la IC sobre la conveniencia de remover a Largo Caballero de su cargo. Cuando esto finalmente tuvo lugar, las disidencias que habían existido al interior del bando republicano desde su misma gestación fueron privadas del cemento que las amalgamaba y sobrevino el caos que dio por tierra con cualquier posibilidad de presentar una respuesta unificada y sólida a los cada vez más letales triunfos militares de Franco.

Las relaciones con Moscú ante la orientación de *frente popular* en el programa político del PCA

Los comunistas se suman al coro de partidos políticos que, percibiendo en los sucesos españoles un incremento local en los reclamos populares para una apertura democrática, reciben de buen grado al presidente Roosevelt en su visita a la Argentina a finales de noviembre de 1936. La jerga política implicada en las nuevas disposiciones moderadas del frente popular fue unánimemente asumida por la dirección del comunismo argentino. Así, en su número inaugural, el periódico comunista *Hoy* establecía que “La lucha que se desarrolla en España no interesa solamente a la clase obrera, interesa al pueblo en su conjunto. No son únicamente los obreros y campesinos españoles quienes empuñan las armas contra los facciosos, son también los nacionalistas vascos y catalanes, las minorías nacionales oprimidas por la secular política de la monarquía.”²⁵ No podía ser más notoria la diferencia entre estos postulados y aquello que habían sostenido los marxistas revolucionarios del Centro de Estudios Carlos Marx cuando todavía no habían siquiera provocado la ruptura con el

²⁵ *Hoy*, 17/9/1936, año I, N° 1, p. 5.

PSA para la fundación del Partido Socialista Internacional (futuro PCA). El lenguaje comunista había sido drásticamente moderado y las categorías de análisis habían sufrido una transformación radical. La *clase* había sido reemplazada por la más vaga y menos controversial categoría de *pueblo*. Se había echado por tierra con aquella perspectiva revolucionaria, defendida por los fundadores originales del PCA en los albores de la Primera Guerra Mundial, que impedía entablar acuerdos con las fuerzas burguesas y nacionalistas sobre la base de una asimilación sin su reconversión en factores favorables a la transformación revolucionaria de la realidad social. De haber conservado la misma posición que antes, la unidad con el anarcosindicalismo y con el poumismo hubiese aparecido en un primer plano. Pero lo cierto es que los tiempos habían cambiado y la búsqueda de una alianza había cambiado de protagonistas. La guerra y la revolución ya no entraban en la filosofía de la dirección internacional del comunismo como partes complementarias de un mismo proceso dialéctico. Y la explicación para ello venía dada por la política del PCUS en el mundo, sintetizada en la consigna de *socialismo en un solo país*. En un discurso pronunciado el 9 de mayo de 1937 en Valencia, José Díaz destacaba el carácter revolucionario del PCE. Se ocupó allí de dejar en claro el motivo de fuerza que guió su comportamiento a lo largo del conflicto, expresado en la concatenación lógica de triunfo de la guerra seguido de revolución popular -ya no obrera y campesina-.²⁶ Las grandes decisiones del PCA estaban, por entonces, interpenetradas por los rumbos que adoptaba el PCE bajo la supervisión celosa del PCUS.

De otra manera no podría explicarse que el regreso de Europa del líder de la Unión Cívica Radical fuera recibido con gran pompa. Antes que ser la cabeza del radicalismo, Alvear era el jefe del conglomerado de las fuerzas democráticas que aspiraban a terminar con el régimen de la reacción oligárquica.²⁷ Del mismo modo, queda así comprendida la calurosa acogida que el Comité Central del PCA destinó mediante la publicación de una proclama nada menos que a Franklin Roosevelt, por tratarse un presidente democráticamente elegido en elecciones libres y limpias.²⁸ Esta apreciación redundaba en la negación de los principios fundamentales del pensamiento de Marx y Engels plasmados en el *Manifiesto Comunista* y en el corrimiento del eje de la discusión condensado en las interpretaciones y polémicas sobre el imperialismo que

²⁶ *Nuestra Revista*, "Qué somos y qué queremos los comunistas", agosto de 1937, año I, N° 2, pp. 15-22.

²⁷ El periódico comunista *Orientación* es categórico en este punto de vista, al cual le concede su portada. Cf. *Orientación*, 12/12/1936, año I, N° 8, p. 1.

²⁸ *Orientación*, 12/12/1936, año I, N° 8, p. 3.

habían sido lanzadas a la palestra de las problemáticas latinoamericanas acuciantes durante el VI Congreso de la IC.

En la línea de investigación aquí propuesta no es tan relevante el grado de importancia que pudo revestir el PCA en la Guerra Civil Española, siempre y cuando se lo tome como un dato aislado o prioritario. Lo que principalmente interesa destacar sobre esta compleja cuestión es el hecho de que se evidencia con dicho compromiso el nivel de dependencia que el PCA tuvo hacia el PCUS. El descabezamiento transitorio del PCA y de la Juventud Comunista, a partir del traslado de los más eminentes cuadros -alentado, autorizado y controlado por Moscú a través de su órgano político internacional máximo, el CE de la IC- hacia “zonas calientes” -urge recordar los trabajos de organización partidaria emprendidos por Rodolfo Ghioldi en Brasil a partir de fines de 1934- demuestra el valor instrumental que adjudicaban los dirigentes soviéticos al PCA. En momentos en que la Argentina pasaba por un proceso de profunda reacción antidemocrática y en el cual los comunistas se veían obligados a desarrollar cuanto antes las más eficientes formas de actividad clandestina, resultaba ser que la reconversión de la estructura del partido, en el mismo instante en que se promovía la urgencia de ganarles a radicales, socialistas y anarquistas la conducción de las masas trabajadoras, tenía que ser llevada a cabo por militantes de segunda línea, carentes de una formación teórica y de una experiencia de lucha apropiadas. Pudiera pensarse que las altas autoridades del PCUS hubiesen interpretado que los mandos argentinos se encontraban ociosos -además de en peligro constante- a causa de las circunstancias políticas imperantes en el país y hayan entendido que se encontraban en condiciones de realizar un mayor aporte al movimiento comunista internacional en aquellas regiones en que los PPCC contaban con cierto margen de acción para operar sobre las coyunturas políticas nacionales. Pero lo cierto es que el momento histórico argentino se manifestaba altamente contrario a las conveniencias de dejar acéfalo al PCA. Para el PCUS y la IC las tareas más inmediatas del PCA estaban en función de las necesidades soviéticas en otras partes del globo. La sección argentina de la Tercera Internacional, que durante tantos años se había ocupado de consolidar una relación quasi-simbiótica con Moscú, acudió inmediatamente a su llamado, aun cuando ello suponía abandonar el crecimiento del comunismo en su propia base de operaciones.

Consideraciones finales

Es indudablemente correcta la apreciación de Angel Viñas acerca de que “es obvio que también la Unión Soviética ayudó para apoyar sus propios intereses. Al principio coincidían con los de una República fuerte y enclavada en el campo de las democracias occidentales”²⁹. ¿Qué ocurrió más tarde con esta coincidencia de intereses? A medida que el comunismo español dejaba a largos pasos de ser un reducto sectario para transformarse en un partido de masas, mayores fueron las pretensiones de arrogarse para sí un papel más destacado en la toma de decisiones políticas. Al PCE lo asaltó un ataque de éxito que fue el producto de plantear su actuación en un horizonte político nacional jaqueado sin haber considerado seriamente el compromiso material que estaba dispuesto a arriesgar internacionalmente la Unión Soviética. Si Largo Caballero constituía la garantía para la conservación del gobierno de unidad popular, entonces cabía esperar que el comunismo empleara su poderío creciente para apoyar al presidente en sus funciones. Pero por el contrario, la caída de Largo Caballero fue recibida de muy buen grado por el PCE.

El comportamiento del comunismo español, sumado a las acciones emprendidas por la IC y los comunismos soviético y argentino, aunque desmedido en sus efectos no fue irracional su puesta en práctica de la comprensión acerca de la capacidad transformadora de la política. Mucho se ha escrito acerca de la prepotencia del PCUS en el asunto español y del dirigismo que él ejerció dentro del PCE y del gobierno republicano. Lejos de negar la enorme incidencia de dicha relación, habiéndole reconocido una significación definitoria, nos oponemos a ver en ella el reflejo de un acto de inmadurez y sumisión quasi automático. El PCE se sirvió de los ingentes beneficios que la pertenencia a un movimiento revolucionario exitoso podía prestarle. Sin el apoyo de la Unión Soviética y de la IC era seguro que la República hubiera colapsado mucho antes de lo que en realidad consiguió soportar. Pero, asimismo, su prescindencia hubiese significado la conservación del lugar marginal que había detentado mientras no contó con los aportes de signo diverso a cargo de factores exógenos a la vida política nacional.

La intención de hacer de la propia práctica militante una cuestión de masas parece una propiedad común a cualquier agrupamiento político dentro de un sistema democrático. La controversia insalvable a la que se dejó arrastrar el PCE vino dada, a nuestro entender, por la metodología seleccionada para desarrollar esta característica.

²⁹ A. Viñas, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006 [2010], p. 448.

En su fidelidad a las directivas moscovitas, Codovilla trazó en España el camino para el reemplazo de la persuasión por la imposición. Cuando el PCE evaluó las condiciones objetivas del país y obtuvo por diagnóstico que se trataba de un régimen semifeudal, esperó que todos en el gabinete de Largo Caballero volcaran sus esfuerzos a la consecución de una revolución democrático-burguesa. Aquellos que no estuvieran de acuerdo en aplicar el antídoto contra el atraso que proponía el comunismo serían doblegados. Esta situación, en tiempos en que urgía cohesionar un cuerpo político heterogéneo en extremo, resultó mortal a los propósitos de salvar a la República.